



XI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

“El grano brota y crece,
sin que él sepa cómo”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Ezequiel 17, 22-24; 2 Corintios 5,6-10; Marcos 4,26-34

Retomamos la lectura seguida del evangelio según san Marcos, que corresponde a lo establecido para el ciclo B de las lecturas en la celebración de la eucaristía dominical. En este evangelio, que se inicia -vale la pena recordarlo- con las siguientes palabras: “Comienzo del evangelio de Jesús, el Cristo, Hijo de Dios”, habíamos venido leyendo algunas acciones de Jesús, como curaciones y exorcismos, y palabras en torno al anuncio de la cercanía del Reino de Dios, en el que hay que creer, convirtiéndonos a su mensaje (1,14-15). Inicialmente Jesús invita a cuatro pescadores –“vengan conmigo y los haré llegar a ser pescadores de hombres”- a una relación personal con él y a colaborar como discípulos en su misión. Poco después, convoca a un recaudador de impuestos –“sígueme” le dice- dejando clara la clave para entender a Jesús y su mensaje. Con esa actitud, que él mismo plantea como discipulado y seguimiento, estamos llamados a proseguir la lectura dominical del evangelio de Marcos. Como dice el texto que hoy leemos: “a sus discípulos se lo explicaba todo en privado”. Sólo llegando hasta el final, en la crucifixión, podremos reconocer y confesar, como el centurión romano: “Verdaderamente este hombre era hijo de Dios” (15,39), lo que Marcos había enunciado en su primera línea. La lectura de los evangelios tiene que hacerse con la misma disposición y finalidad con la que fueron escritos: cuentan sus recuerdos de Jesús para que creamos en él y vivamos como él.

* Ciclo B

Se nos invita a escuchar el relato de dos parábolas, la de la semilla que crece por su propia energía, que sólo cuenta Marcos, y la del grano de mostaza, que con algunas pequeñas diferencias comparte con Mateo y Lucas. Las dos forman parte de una secuencia, que se inicia con la parábola aquella del sembrador que siembra su semilla en terrenos diversos y produce -o no produce- fruto, dependiendo de la calidad de la tierra. A la gente les habla en parábolas, acomodándose, “según podían entenderle”, mientras que a los discípulos “se les explicaba todo en privado”, en la intimidad de aquella inicial comunidad que con ellos se iba formando.

La primera parábola leída, la de la semilla que crece y da fruto por su propia fecundidad, sin que el hombre “sepa cómo”, es propia de Marcos. Si, además, – y eso es más importante- la parábola proviene del mismo Jesús, cabe preguntarse, entonces, ¿qué es lo que el evangelista o, mejor aún, Jesús pretende hacernos comprender? La parábola de la semilla que produce fruto según la capacidad de la tierra que la acoge era clara y nos invitaba, con razón, a preguntarnos: ¿cómo respondemos a la Palabra, cómo acogemos el Reino, qué frutos damos? El futuro del Reino de Dios parecía descansar en nuestra propia responsabilidad, en nuestro esfuerzo. Y tiene su aspecto -y muy importante- de verdad. Pero, según Jesús, hay una verdad más profunda y primordial, la que trata de revelar la otra parábola.

El Reino de Dios es don y obra de Dios, se ofrece y actúa silenciosamente –“sin que él sepa cómo”- en quienes lo reciben y acogen. Pero también se ofrece y actúa -sin que ellos sean capaces de reconocerlo y formularlo- ¡gracias a Dios! más allá de los límites de los creyentes. El amor de Dios, que convoca a la fraternidad y la justicia, está presente de manera gratuita y discreta en todo ser humano, en la humanidad, y es bien respondido en tantas expresiones de amor y generosidad, de solidaridad y de honradez, de compromiso por el bien común, la vida, la salud, la comida compartida... Los creyentes estamos llamados a abrir los ojos y reconocer con agradecimiento esa presencia discreta y eficaz de la “semilla” – el Reino de Dios, Dios mismo-, y cuando sea posible darle nombre y anunciarlo.

Con nuestros criterios humanos reconocemos y valoramos la presencia de lo divino en lo grandioso, en lo extraordinario. También los contemporáneos de Jesús le pedían signos de poder para creer en él. Siempre se negó. Sus curaciones y atenciones a enfermos y pecadores, gente insignificante para los representantes de la religión, revelaban más la compasión y la bondad que el poder. Él mismo no pasaba de ser “el hijo del carpintero”. ¿Cómo hacer entender a la gente religiosa que es en la pequeñez e insignificancia donde se revela el poder convocador y liberador del amor de Dios? “¿Con qué compararemos el Reino de Dios o con qué parábola lo expondremos?”, se preguntaba Jesús, para que pueda ser bien entendido. Pensó en el grano de mostaza, que le parecía la más pequeña de las semi-

llas y crece como la “mayor de las hortalizas”, ni siquiera un “árbol”, como dicen los otros evangelistas. Pero extiende sus ramas de manera que “las aves del cielo anidan a su sombra”. La imagen de “reino” nos hace pensar espontáneamente en algo grande y poderoso, que se impone. Pero, si es “de Dios” -insiste Jesús- no es poder que aplasta y oprime, sino que da vida y permite que a su sombra se desarrolle la vida y la libertad.

Las dos parábolas se complementan para darnos aliento en nuestro tiempo. La de la semilla, que crece sin que el hombre sepa cómo, nos invita a reavivar la esperanza. No estamos solos peleando, o a veces desesperando, ante el curso de los acontecimientos como la pandemia que golpea rebelde, empobrece, se ensaña en los más débiles. Jesús asegura que esta presencia escondida de Dios, que a veces nos exaspera y desanima, es real y no es inútil, da fruto, suscita generosos esfuerzos y dedicaciones, pequeñas formas de organización y perspectivas de nuevas formas de relacionarnos más inclusivas, pensando en la dignidad y derechos de la población olvidada. La segunda parábola, la del pequeño grano de mostaza, afianza la convicción de Jesús de que Dios no “reina” y salva a través de los medios poderosos, sino desde los sencillos e insignificantes, desde “los que tienen hambre y sed de justicia”, “los limpios de corazón” y “los que trabajan por la paz”. Lo que llamamos “opción preferencial por los pobres” no termina en que los pobres sean objeto de nuestra solidaridad, sino que apunta a reconocer, confiada y críticamente, su protagonismo para una humanidad nueva, justa y fraterna, en la que todas y todos encontremos cobijo y vivamos con alegría. Es misión de la comunidad de los cristianos descubrir y anunciar la presencia y acción salvadora de Dios en los pequeños “signos de los tiempos” para no desfallecer en la decepción y en la desesperanza. Dios ahí está silencioso y activo.

El texto de Ezequiel también habla de la acción salvadora de Dios por su pueblo: “Yo, Yahvé, humillo al árbol elevado y elevo al árbol humilde”. Extraño actuar de Dios en la historia, que alegró a María en su canto del Magnificat y alienta la esperanza de los pobres,

La lectura de la carta a los Corintios nos invita a mantener “el buen ánimo” mientras aún “caminamos en la fe, no en la visión”. En esta tierra de incertidumbre la fe en el Dios de la vida nos sostiene y anima a la esperanza, y así “nos afanamos por agradarle”.

Como en otras ocasiones, les invito a dedicar unos minutos en la semana para leer sosegadamente las dos parábolas y escuchar lo que Jesús trata de sugerirnos para descubrir la presencia del reino de Dios en la ambigüedad de los tiempos que vivimos.